

TRES POEMAS

Por JULIA UCEDA

A un muchacho que murió en primavera

A Isaac García de Paso

*Yo no te conocí,
pero te ofrezco, sobre tu tumba abierta en primavera,
este pequeño sol para tus huesos.
Yo no te conocí. Oí tu nombre,
cuando la luz del surtidor te dejaba quebrándose
y morían en tu oído, como cirios, las últimas palabras;
cuando rompías el hilo que te unía a nosotros
y escuchabas la flauta extraña de la muerte.*

*Los lirios te buscaban la boca estremecida,
inmóvil, te inundaba el sudor de la lucha,
tu cuerpo se quedaba parado en los relojes
y caían tus párpados sin querer mirar nada.*

*Los años te brillaban como auroras la tarde de la huida
y una mano apretaba tu corazón de niño,
donde no tuvo tiempo de entrar una muchacha;
esa mano de hielo en giro fantástico
como un robo inaudito desgajó tus raíces
y te lanzó a lo eterno completamente solo
—arlequín en la danza sacramental del tiempo—.
Nada se había movido; aún estabas
con el último gesto que hiciste sin saberlo.*

*Ahora ya estás dormido en los brazos de la tierra,
ante la primavera calzada de amapolas.*

*Yo no te conocí,
pero tu lecho abierto en primavera tendrá una margarita
porque todos ignoran que bajo el sol descansas,*

que veintitantos años se han quebrado en tu frente
 y que una niña mira tus balcones vacíos;
 sobre tu lecho mullido en primavera habrá una margarita,
 porque todos dejaron a un lado tu recuerdo;
 porque la calle gritaba como siempre esta mañana
 y la gente reía sobre tus huesos rotos.

Cuando yo muera

Cuando yo muera
 la arcilla de mis hombros, que cabrá en cualquier mano
 —en la mano de un niño, tal vez
 delgado y rubio—,
 no tendrá sobre ella el mundo gravitando.

Mi tierra—por fin tierra,
 por fin madre de todos—
 envolverá las plantas cansadas de los hombres
 cuando vayan pisando su agonía,
 y por mis venas
 sentiré con el ritmo de sus pasos
 la carga que a su vez les cabalque en los hombros.

Mi nombre serán letras, unas letras borrosas,
 quizás para quien tanto ladrara a mis talones,
 y todas mis palabras colgarán una a una
 como frutos maduros dando sombra a los tristes.
 Será una mujer huella, mujer garza escapada
 al alarido inmerso de las voces,
 y los fríos venablos que buscan mi costado
 se hundirán en la tierra aventando mi arena.

Pero yo estaré quieta contemplando las nubes
 en el pétalo ancho de una flor o en el pico
 de un ave que me lleve a sus hijos hambrientos,
 y no sabré que lloran por mí quienes derraman
 el agua en mi costado, ni su odio
 subirá a las estrellas en que brille mi nombre.

Canción de cuna

Tenéis cada uno un nombre escrito en una estrella,
unos ojos pasmados, unos pies de azucena,
un caballo de oro y una risa de miel;
pero nunca, hijos míos, os habré de mecer.

Estáis siempre en el fondo de los altos silencios,
en las tardes paradas, en los versos inciertos,
en la voz de la rosa y en la cruz de mi piel;
pero nunca, hijos míos, os habré de mecer.

Tenéis un parque abierto con pájaros de espuma,
en mi voz una nana, en mi pecho una cuna
y un camino en la vida del que arranqué la piel;
pero nunca, hijos míos, os habré de mecer.

Os llevo de la mano diciendo vuestros nombres,
os duermo en mi regazo, os cuido como flores,
escucho vuestro llanto y os redimo de él;
pero nunca, hijos míos, os habré de mecer.

Seguirán vuestros nombres en las altas estrellas,
mis manos solitarias no tendrán qué tejer,
los pájaros de espuma caerán como hojas muertas;
pero nunca, hijos míos, os habré de mecer.